

can varias centurias, prácticamente hasta la aparición del maquinismo, ese cambio fué apenas perceptible. Pero a medida que éste exigió la necesidad de concentración de grandes masas humanas en determinadas zonas y estas tomaron conciencia de su poderío, al elevar su nivel de vida, dicha transformación se intensificó, quemando etapas y precisando cambios radicales en la ordenación urbana y en las necesidades de habitación.

Este es un fenómeno que se produce a escala universal y del que España, al transformarse fundamentalmente en estos últimos veinticinco años, no podía quedar apartada. Ejemplos tenemos por doquier. ¿Quién puede identificar al Madrid de hoy y lo mismo a Barcelona, Valencia, Bilbao, Zaragoza, Sevilla, etc., con esas ciudades hace solo veinticinco años? Para observar estos profundos cambios no precisamos salir de Ciudad Real, pues en nuestra propia capital los tenemos. No hablamos ya de Puertollano, verdadera ciudad «hongo», que se ha transformado, que se ha multiplicado vertiginosamente a la sombra de su industrialización y en la que a pesar de la atención especial que le dedica la Administración pública en los más diversos aspectos, siempre va retrasada en relación con sus necesidades. Pero esto es una excepción en nuestra provincia, —aunque en España pueden contarse casos como este a centenares— y por consiguiente no nos vamos a ocupar de él; lo vamos a hacer brevemente de nuestra capital.

Si dijéramos que en Ciudad Real no se ha hecho nada en estos veinticinco años últimos para acomodarla al ritmo de crecimiento de su población, a las nuevas necesidades que las circunstancias demandan, sin duda alguna faltaríamos a la verdad. Pero si decimos que falta muchísimo por hacer, que solo se han realizado «parches» en su ordenación urbana y no un estudio ordenado y completo de ella, estamos afirmando una completa realidad. Precisamente por esto, nuestra capital, ya de antiguo achaparrada, extensa, poco esbelta, se ha extendido aún más, saltando su antigua ronda y levantando muchas y buenas edificaciones en terrenos que hasta hace poco eran de labor, creando complicaciones insuperables a los servicios municipales y dividiéndola en dos partes diferenciadas claramente: la que pudiéramos llamar vieja, muy extensa, de edificios de una sola planta, calles sin urbanizar y casi sin iluminar y la parte nueva, con buenas edificaciones de varias plantas y bastante bien urbanizada.

¿Porqué ha ocurrido esto? Porque ninguna Corporación municipal se ha preocupado hondamente —acaso por considerar superior a sus fuerzas la empresa— en hacer una reordenación urbanística, trazar calles nuevas, avenidas, zonas ajardinadas, etcétera, dentro del casco urbano, metiendo la piqueta en ese dédalo de callejas, de casas antihigiénicas y prácticamente inhabitables, que componen dos tercios largos del mismo. Si esto se hubiera hecho a tiempo y ofrecido so-

lares a precios módicos a las empresas constructoras, barrios enteros construídos en extrarradio, donde viven hoy varios miles de personas, de moderna factura, con sus edificios de tres o cuatro plantas, hubieran sustituido a esos otros que dicen muy poco a favor de nuestra capital.

Comprendemos que esto no es obra de una Corporación, sino de muchas, pero lo principal es empezar. Si se hubiera hecho así, parte de lo que hoy es una ilusión podría ser una realidad espléndida. Pero nunca es tarde. La Corporación municipal actual parece que se ha dado cuenta de este importantísimo problema y está dispuesta a enmendar la falta. Para ello ha comenzado por prohibir todas las edificaciones fuera del casco urbano. Al mismo tiempo, están muy adelantados los planes con el Ministerio de la Vivienda para la tan deseada reordenación urbanística de Ciudad Real, con el trazado de una o dos grandes avenidas, calles secundarias, zonas verdes, etc., donde se cederán solares a las empresas constructoras a precios asequibles y se levantarán edificios de tres a cinco plantas, previa urbanización completa de las zonas edificables. Este el camino. Solares hay de sobra; edificaciones que por decoro hay que derribar, más aún; solo falta la acción conjuntada y enérgica de las autoridades, para hacer un Ciudad Real mejor, más bonito, más acogedor y agradable, a tono con lo que exige la capitalidad de nuestra provincia.